

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

APOLOGIA DEL ESPOLIQUE PERFECTO

RUFINO Blanco-Fombona, que, con los laureles del escritor, comparte los oros del editor, se ha sentido molesto con una nota mía publicada en ATENEA en torno a su libro *Motivos y Letras de España*. Pero él, como aspirante al Premio Nobel y como el «escritor suramericano más universal», no ha podido distraer un segundo de su tiempo de autor y editor para responder a un desconocido del último país de esta América de sus amores y sus sufrimientos, y ha encomendado la tarea a un entusiasta y oficioso amanuense de su editorial madrileña. El tal cumple abnegadamente con su oficio, y me dedica dos columnas de denuestos en *La Gaceta Literaria* del 1.º de Diciembre de 1930. Si después de ese artículo Blanco-Fombona, que según su apologista «es violento, duro, pero dulce y tierno», encomienda a su fiel espolique alguna traducción de esas que no pagan derecho de autor o un nuevo panegírico en que haga caudal de sus insultos a los yanquis para merecer el Premio Nobel, me sentiré íntimamente complacido. Siempre fué calidad de los demócratas de alma dictatorial elevar el servilismo al rango de las más egregias virtudes. A la razón crítica que discierne, puntualiza y precisa, prefieren la adulación incondicional que desmesura, hincha y abulta. Así Blanco-Fombona, que ha hecho una profesión de su odio a Juan Vicente Gómez y su rencor a los yanquis, siendo él un Juan Vicente Gómez al revés y un yanqui de signo contrario, no comprende que ha nacido y crecido en la América Española una sensibilidad que nada tiene que ver con sus personales resentimientos y que procura explicarse los problemas y las situaciones del continente y del mundo a través de los claros caminos de la meditación y de la inteligencia. Y el hecho de que aparezca un escritor, de cuya existencia Blanco-Fombona, tan

bien informado, no tiene noticia; lo que no le impide seguir existiendo, que se atreve a insinuar una escéptica interrogación a las afirmaciones tajantes del escritor venezolano, parece al editor de América un sacrilegio que contradice las leyes a que está sometido lo que llamaron los antiguos el maravilloso orden del universo. Blanco-Fombona tiene proporciones cósmicas, él mismo es América y nadie en este continente que él ha querido redimir con ediciones fraudulentas e imprecaciones de burdel, tiene derecho ni a juzgarlo, ni analizarlo, ni a tocarlo. Quien no está con él, está contra él.

Yo no me equivoqué cuando escribí acerca de su último libro. Dije entonces:

El escritor que no está de acuerdo con él o que no admira incondicionalmente sus talentos literarios ha de ser por la fuerza imbécil, degenerado, cretino, mulato, plagiarlo, o cornudo (1).

El diagnóstico se ha cumplido al pie de la letra. Sólo que en esta ocasión, por tratarse de un desconocido, Blanco-Fombona no ha concedido beligerancia al autor que le hacía la gracia de preocuparse de leerlo, y ha encargado a su amanuense de la réplica. Confesemos que el espectáculo ha perdido así en ardor bélico, en hirsuta y escatológica acometividad. Difícilmente puede leerse una página de Blanco-Fombona sin sentir el áspero rumor de un pugilato en sitios de vida agitada y turbulenta. Es el suramericano primitivo, fisiológico y estridente. El escritor que más ha insultado en América cada vez que los hombres y las cosas han salido de través a su individualidad tiránica y avasalladora.

Para un espíritu amante de la verdad no es el que dice las cosas quien tiene importancia. Son las cosas que dice las que importan. No puede ser de otra manera. Es como medir el valor de un escritor por sus diplomas, premios y condecoraciones y no por las obras que ha escrito. Con esta vara de mercader han medido Blanco-Fombona y su apasionado limpiamotas las razones que me movieron a escribir sobre el último libro del libelista venezolano. Yo no presento al señor Blanco-Fombona otro título, y este es para mí el honor más insigne, que el del hombre que busca la verdad y que, por alcanzarla, renuncia de antemano a toda consideración de pasajera vanagloria. Quédese él esperando el Premio Nobel en compañía del otrora omnipotente señor Leguía y vociferando contra Juan Bisonte con la esperanza de sucederlo algún día para dar rienda suelta a tanto odio

(1) Ver página 113 del tomo XIV de ATENEA (N.º 66).

ferviente y a tanta venganza en acecho, que yo me quedaré tranquilo sin mayor ambición que la de no renunciar nunca a mi independencia crítica para juzgar a todos los hombres y todas las instituciones de la tierra, aun a sabiendas de que puede haber entre aquellos naturalezas troglodíticas que son capaces de asesinar a un ser humano si no está dispuesto a reverenciar el genio literario de que se creen dueños.

No es Flanco-Fombona el primer caso, ni será por desgracia el último, de este fenómeno literario de la auto-adoración frenética y de la megalomanía delirante que consumen vanamente la existencia de más de un escritor de América. El escritor que no renuncia a la actitud crítica se expone cotidianamente a las palabras rencorosas y a los alaridos patológicos de estos que viven adorando a la noción que de sí mismos se han creado. Nuestro continente, fértil en bananas, monos y papagayos, ha producido también la fauna fabulosa de los auto-candidatos al Premio Nobel.

¿No es esto mismo un síntoma de debilidad y de pequeñez? El espíritu fuerte busca en la obra misma el premio de su inquietud y de su anhelo. El espíritu mediocre, vanidoso y vulgar corre jadeante tras las oficiales consagraciones, creyendo suplir con medallas y galones esa alegría interior que su falta de talento jamás podría darle.

Y prescindiendo de la puerilidad que encierra el hacer de una vida un medio para alcanzar el Premio Nobel, son bien originales los argumentos que esgrime el espolique entusiasta para ensalzar a su ídolo tan distante del mundo entre el espeso incienso de la adulación torpe y sin medida. La quinta proposición del pedestal que levanta el amanuense a su señor, dice:

Tampoco creo que existan por docenas en América hombres que, como Blanco-Fombona, hayan repartido su vida entre dos ideales tan nobles y desinteresados: el odio a los imperialistas Estados Unidos y el fervor de Bolívar, símbolo de la América eterna.

Sobre el culto de Blanco-Fombona a Bolívar habría mucho que decir. A riesgo de cometer una herejía y guardando las debidas proporciones y distancias, se parece mucho al culto del anónimo espolique por la figura editorial de su señor. Sobre la materia ha escrito Ventura García Calderón:

Muy cerca, un venezolano blanco de alma negra, recogía celosamente el estiércol de los caballos de Bolívar para mudarlo en oro comestible.

A este escritor, que no podrá merecer el sambenito terrible de desconocido, podrá contestarle algún día, si se lo permite la ad-

ministración de su Olimpo editorial, el propio Blanco-Fombona, sin mediación de espolique alguno.

Y en cuanto al «ideal noble y desinteresado e impersonal» del «odio a los imperialistas Estados Unidos» no puede basarse en él el prestigio de un hombre que aspira a ejercer un magisterio sobre la juventud de América. Contra los Estados Unidos se ha de combatir con la inteligencia y no con las mandíbulas. Así lo han comprendido los escritores de la más reciente promoción de Hispano-América que trabajan seria y honradamente haciendo el proceso de la expansión imperialista del capitalismo norteamericano en nuestro continente. Ya cumplieron su trayectoria aquellos que, como Blanco-Fombona, se dedicaron a vociferar, blasfemar e insultar. La generación actual ha tomado sobre sus hombros el trabajo de fundamentar con buenas razones los alaridos con que estos bravos hombres trataron de conmover al mundo. No se les reprocha la táctica ni se les censura el sistema: no conocían otra ni eran capaces de una actitud no por más serena menos eficaz.

En estos días el Premio Nobel de la literatura ha sido otorgado a un escritor norteamericano. La noticia viene en el mismo número de *La Gaceta Literaria* en que el amanuense de Blanco-Fombona compara a su señor con Bolívar y Sandino. Estos escritores norteamericanos son los que han formulado las críticas más agudas y penetrantes a la plutocracia imperialista y despótica que se apoya sobre la vitalidad de su país y tiende sus redes sobre muchas de nuestras repúblicas titulares, que son, en verdad, factorías yanquis. Pero el mérito de esos hombres deriva no del odio que puede haber sido el primer móvil de sus obras sino de la estupenda realización que ha hecho de cada una de ellas una fuerte y perdurable creación estética. En nombre del amor, y muchas veces de un verdadero y grande amor, se han escrito innumerables versos malos. El mismo Blanco-Fombona es una buena prueba de ello con su *Cancionero del Amor Infeliz*, que ha merecido los ditirambos de Cansinos Assens, otro de los tripulantes de la nave editorial que desde Madrid derrama por el mundo español el nombre de nuestro continente. Pero así como no se puede invocar el amor con que los versos fueron escritos para defender su calidad estética, tampoco puede buscarse apoyo para el prestigio del buen nombre de un escritor en el odio que este haya sentido por los yanquis o en su fervor por Bolívar, por más que, para el espolique, sean «nobles y desinteresados e impersonales». Ya hemos visto que para Ventura García Calderón tienen un significado muy distinto. Si juzgáramos por el crédito que las personas merecen, nos quedaríamos sin vacilar

con el dictamen de García Calderón. No obstante, vamos a seguir persiguiendo la sombra de una verdad en cuanto escribe en su apología y diatriba el amanuense afortunado. Apología de su ídolo y diatriba contra el osado desconocido que ha tenido la audacia temeraria de dudar de su inmortalidad y de su gloria. ¡Dudar de un escritor que ha enseñado a un continente entero a odiar a los yanquis y a adorar a Bolívar! Anatema sea.

Dice el amanuense del editor madrileño que R. Blanco-Fombona ha sido traducido al sueco, al ruso, al inglés, al francés, al italiano, etc., que es, en suma, el americano más universal. No me consta ninguna de tales traducciones, pero las doy por consumadas. ¿Qué prueba ello? ¿Que Blanco-Fombona es el escritor que mayor influencia haya ejercido en Hispano-América y en el mundo? Lo niego. El editor ha ayudado en este caso al autor, y de esta manera Blanco-Fombona, que no ha traído las gallinas en ninguna materia, a pesar de que él, modestamente, se cree precursor de Pío Baroja, ha recorrido los caminos del mundo en el vehículo de esas traducciones de que el espolique nos da fervorosa noticia creyendo seducir con ellas al hispanoamericanismo ingenuo como antaño el conquistador con las cuentas de vidrio! Pero hoy sabemos discernir y no dejarnos engañar por las apariencias del auto-reclamo o de la propaganda a cargo de los amanuenses de confianza. Ni Rubén Darío, ni José Enrique Rodó, ni Leopoldo Lugones han tenido el número de traducciones de que hace gala Blanco-Fombona y su influencia, en distintos sentidos y con preocupaciones diversas y hasta antagónicas, ha sido más radical y profunda que la del autor del *Cancionero del Amor Infeliz*. Y, remontándonos a los maestros y precursores de la cultura en el continente, ¿han tenido don Andrés Bello, don Domingo Faustino Sarmiento y, más próximamente a nosotros, don Juan Montalvo y don Manuel González Prada las traducciones de que alardea Blanco-Fombona, y son, por no haberlas tenido, menos importantes que el editor de Madrid? Impera aquí otra vez el criterio del librero y del mercader que miden el valor de un escritor por el número de ejemplares que vende o hace imprimir.

Para el espolique apasionado no hay en Europa y en América escritor que «haya defendido la libertad con más tesón» que Blanco-Fombona. Y esto lo escribe en España donde el heroísmo civil de Unamuno ha conmovido al mundo con su acento entero y ardiente que recuerda la pasión de los viejos y nobles profetas. Verdad es que, para ensalzar a su ídolo, el amanuense sentencia: «el agrio Unamuno, un ególatra». Ignora el apologista que el hecho de haber sufrido en las prisiones de Juan Vicente o Juan

Bisonte, si merece toda nuestra condenación al tirano y nuestra más leal adhesión humana a la víctima, no es título ninguno para aspirar a la gloria literaria o la consagración de los certámenes internacionales. No basta el hecho de estar en la cárcel para ser Cervantes. Eso se consigue con obras. Y no basta para ello que tales obras hayan sido traducidas a todos los idiomas que dice el amanuense y a veinte más. Nosotros, más modestos, nos conformaríamos con que estuvieran escritas en español. El buen español literario que escribieron Cervantes, Lope y Calderón y que escriben Unamuno, Valle Inclán y Pérez de Ayala.

No cree el apologista «que existan muchos escritores de Sur-América, considerándolo todo en justicia, que merezcan más que él (que Blanco-Fombona) el Premio Nobel». Otra vez la obsesión del Premio Nobel. No lo merecen ni más ni menos que él los escritores de nuestra América. Nuestro continente, que aprende todavía la lección de Europa, no ha alcanzado a producir grandes obras maestras que revelen la palpitación de un mundo nuevo. Son de los últimos años los libros que se han presentado como obras específicas de América. Así han aparecido *La Vorágine* del colombiano Rivera, *Los de Abajo* del mejicano Azuela y *Don Segundo Sombra* del argentino Güiraldes como representativas de momentos bien típicos de la vida del continente: las selvas tropicales, las revoluciones llenas de ferocidad y de esperanza, la llanura verde de la pampa con los ganados y las mieses. Siguiendo en el terreno de las comparaciones a que el espolique nos arrastra, pongamos cualquiera de estas novelas frente a toda la obra escrita o por escribir de Rufino Blanco-Fombona y veremos que no hay paralelo posible. Sin embargo, nunca hemos oído decir que a nadie se le haya ocurrido reclamar con tanta insistencia para ninguno de ellos un Premio Nobel destinado a repartirse durante muchos años en Europa y que, la primera vez que ha llegado a América, ha sido por la vía del norte, porque la preponderancia económica de los Estados Unidos determina su preponderancia política y la preponderancia política hace que los ojos del mundo se fijen en sus valores intelectuales. Por otra parte, aunque nos pese y por grande que sea el odio a los Estados Unidos que nos ha enseñado Blanco-Fombona a los jóvenes de América, no podemos cegarnos hasta el punto de olvidar que desde Poe, Whitman y Emerson hasta Waldo Frank, Sinclair Lewis y Sherwood Anderson son legión los escritores de Estados Unidos cuya comparación con Blanco-Fombona resultaría irreverente e irrisoria. Enemigos del procedimiento, lo hemos seguido por complacer al espolique y para precisar en este mar de vaguedades y confusiones en que nave-

gamos los hispanoamericanos para juzgar y calificar a nuestros valores.

Dejo para más tarde la respuesta a una alusión personal que me dirige el espolique respecto al provecho con que leo los libros de Blanco-Fombona y sigo adelante.

La confesión de pena y de fracaso en la vida que parece consumir y entenebrecer la última parte de la obra del sagitario venezolano la recogí en uno de sus propios libros. Acaso el más íntimo desolado y amargo de todos. El título dice: *Diario de mi vida*. Es un libro de odio y de pasión. Allí nos advierte:

No invoco la piedad ajena. Invoco para toda mi obra y para toda mi vida la comprensión de los hombres de buena voluntad. El mismo Francisco de Asís, de aparecer en una canalloocracia, se hubiera vuelto un demonio, dando al traste la santidad. Nacido para ciudadano libre en una barbarocracia despótica, el resultado de mi vida es este: odio, dolor, fracaso.

Es la confesión del que nació para César y se siente reducido a nada. Pero, a pesar de todo, desde su barbacana editorial, amenaza, insulta trágicamente:

Viejo, proscrito, enfermo, calumniado, zaherido, no me doy por muerto. Aun procuraré malos ratos a mucha gente. Aun produciré algunas obras. Aun continúo cantando a la ingrata vida la serenata del sardo:

Ascolta la voce
de l'innamorato.

Me he apoyado, pues, en testimonios emanados del propio Blanco-Fombona para juzgar a Blanco-Fombona. Más papista que el papa, el espolique sale a mi encuentro y rasga sus vestiduras porque cree que he injuriado a su ídolo. En realidad no he hecho otra cosa que lo que él mismo dice con intención muy diversa, por cierto: lo he leído provechosamente.

En un artículo mío sobre Sarmiento digo del genial argentino:

Este hombre pensaba y sentía con toda el alma. Su crítica teatral es la proyección apasionada de sus convicciones políticas. Aspira a la máxima libertad y a la verdad definitiva. No admite en ello transigencia alguna. Le faltan acaso ductilidad y amplitud para la verdad del adversario. Más que la especulación le interesa realizar, hacer de la palabra el instrumento y comentario de la acción. Por eso él mismo no concede en su literatura mayor importancia a los elementos formales. Quiere llegar derechamente a su fin como la saeta a su blanco. Le falta un poco de duda y de escepticismo. Y por eso es cruel, implacable, tremendo. No da ni pide cuartel (1).

Este párrafo le merece el comentario siguiente:

(1) Ver página 117 del tomo XIV de ATENEA (N.º 66).

El crítico lee al criticado con provecho, pues dice que Sarmiento «ni pide ni da cuartel». La expresión es de Fombona, aplicada a otro escritor.

Es otra de las enfermedades de Fombona, como dice el espolique para hacernos sentir la familiaridad con que trata a su ídolo. Continuamente se queja de que lo plagian y lo saquean. Sin duda, piensa en sus actividades editoriales. Y en esta manía ha hecho víctima de sus sospechas nada menos que a Pío Baroja, tal vez para vengarse de aquello del «continente estúpido». No sé si, por absurda y pequeña, merecerá respuesta esa acusación de plagio que se desvanece sola oyendo pronunciar la frase que aplico a Sarmiento tan usada en los episodios bélicos de nuestra gesta revolucionaria. No da ni pide cuartel. No insisto en ello porque, con el Premio Nobel, es la enfermedad de Fombona, como nos enseña a decir el espolique.

En otra parte el espolique usa un procedimiento que por desgracia no se olvida entre los escritores poco honrados: hacer decir y pensar al adversario lo que éste nunca ha dicho ni pensado y contradecirlo gloriosamente. Yo censuré en mi artículo que Blanco-Fombona, que ha hecho de su vida una profesión de odio a Juan Vicente Gómez, y en esta hostilidad lo acompañan los hombres libres del continente, entonara loas a don Augusto B. Leguía, hoy en desgracia, pero entonces en gloria y majestad y partidario del Premio Nobel de Fombona. Señalaba la contradicción y preguntaba:

¿No siente acaso Blanco-Fombona el nacionalismo continental? (1).

A esta pregunta clara, nítida y precisa responde el espolique con divagaciones que sacan la cuestión de sus quicios naturales y me ponen en contradicción con personales convicciones que siento cada día con mayor intensidad. Así, entregado a su propia fantasía, dice de mí:

También ignora que este hombre no siente ya el nacionalismo con el sentido estrecho, mezquino, de charca, que ha dado a aquel el «fascio» reaccionario, imperialista, militar.

Y entusiasmado con su descubrimiento, sigue declamando:

No siente, insisto, la patria, como un pedazo de tierra erizado de fronteras. Sólo siente lo que no tiene fronteras por su misma naturaleza: la Humanidad. (Hay que escribir con mayúscula palabra tan tremenda).

Por fin encontró el espolique algo digno de Blanco-Fombona: la Humanidad con mayúscula. Pero en medio de su fervor que

(1) Ver página 111 del tomo XIV de ATENEA (N.º 66).

lo hace confundir a Bolívar con Sandino, y a este con Blanco-Fombona, sacrilegio tan grande el uno como el otro, olvida que yo me referí expresamente al nacionalismo continental. Porque, ¿Cómo entonces denuesta a Gómez en Venezuela y alaba a Leguía en el Perú? ¿Por qué ha de ser bueno en Lima lo que es malo en Caracas? El espolique no ha entendido lo que ha leído o ha procedido de mala fe. Ambas tesis son probables y no inclino mi preferencia hacia ninguna de las dos.

Es fuerza poner un punto final a esta que quiso ser una apología del espolique entusiasta, abnegado y perfecto. Por defender a su ídolo todo lo sacrifica: amor a la verdad, temor al ridículo, estimación de sí mismo. Lo importante es no dejar dudas en la persona que se pretende halagar acerca de la incondicionalidad del servilismo que entrega, a quien presume de escritor, a labores de lacayo respecto del señor a cuyo servicio pretende entrar. No me hubiera detenido en analizar estas lacras vergonzantes de nuestra triste vida literaria. Pero era necesario hacerlo para ver modo de despejar la atmósfera que ya nos hacen irrespirable estos pretendidos mentores de la juventud de América con su egolatría sin freno ni medida.

Mi artículo sobre el último libro de Blanco-Fombona no era hostil ni en la intención ni en la forma. Pero tenía el pecado original de no ser una adulación sin reservas. En más de una oportunidad me he referido a este escritor en mis crónicas de *El Mercurio* y *ATENEA*. Generalmente no comparto sus opiniones y en particular la desmesurada idea de sí mismo con que quiere anticipar el juicio de la posteridad, pero siempre lo he tratado con la consideración y el respeto que merece a un joven un hombre de sus años y de su labor. He sido uno de esos hombres de buena voluntad cuya comprensión él reclama para su vida y su obra. Pero estos escritores alejados tanto tiempo de América viven todavía en la época en que asombraban a los públicos ingenuos con sus desplantes, sus arrogancias y sus insolencias. Y no pueden comprender que hoy no se les reciba con adoraciones idólatras y adhesiones serviles. Porque, mientras ellos han permanecido estacionarios, no se han dado cuenta de que América ha crecido, que ha ensanchado el círculo de sus curiosidades, que ha buscado en nuevas lecturas el camino que la conduzca a su propia verdad, que ha amado la fortaleza en el pensamiento y la claridad en la forma y que no ha encontrado ninguna de estas virtudes en los escritores de una generación que, envenenada por sus odios, ha hecho de su literatura una reacción violenta y arbitraria, donde asoma con las pasiones de la manigua, la garra del troglodita y el trabuco del bandolero.

La generación que ahora aparece en la vida literaria, enemiga de todo caudillaje, abomina también de esos odios y pasiones de montonera con que algunos hombres, alejados de América, y que no sienten por tanto sus inquietudes ni viven sus peligros ni comprenden sus problemas, quieren prolongar desde Europa el gesto de sus manos en ademán de tutoría y magisterio que nadie solicita ni espera, porque comprende que esos escritores cumplieron ya con su obra, buena o mala, y sólo interesan cuando se dedican a hacer la historia del movimiento literario en que actuaron, como protagonistas o comparsas. Hoy son otras nuestras preocupaciones y tratamos de abordarlas sin recurrir a los falsos profetas que todo lo confunden con la panacea de su verbalismo huero, enfático y declamatorio. Si Blanco-Fombona significó algo en su generación hoy ninguno de nosotros quiere ser Blanco-Fombona. Cada uno quiere ser uno mismo y trabajar seria y honradamente dentro de su disciplina o especialidad técnica para que América pueda llegar algún día a ser considerada y respetada. Ninguno de nosotros ha hecho nada todavía. Pero todos tenemos una vida entera por delante para crear las cosas que no crearon estos hombres que tanto han gritado y siguen gritando todavía pidiendo y exigiendo una consideración a la que se sienten acreedores por habernos enseñado el odio a Estados Unidos y el amor a Bolívar.

Sin alardes vanguardistas, y sin adherir a ningún otro *ismo* que el que nos lleva a descubrir las posibilidades que hay en cada uno de nosotros, no desdeñamos el pasado, pero tampoco queremos que se haga de él un fetiche para ahogar el presente y matar en flor el porvenir.

Si en nuestras manos estuviera daríamos el Premio Nobel al señor Blanco-Fombona a condición que nos dejara tranquilos y no siguiera quejándose de la ingratitud de todo un continente que todavía no se ha enterado de su importancia y de su grandeza. Si fuéramos el señor Blanco-Fombona daríamos una mayor dignidad y provecho al espolique apasionado en la esperanza de que no siguiera cometiendo apologías y panegíricos que ponen tan en ridículo a quien los escribe como a la personalidad que tratan de adular.

Y puesto que el perfecto amanuense afirma que he leído con provecho a Blanco-Fombona quiero decirle que, contrariamente a lo que pudiera esperarse, en esta oportunidad, no se ha equivocado. Efectivamente voy a terminar su apología con estas palabras con que Blanco-Fombona terminó su insolente y estúpida agresión a don Ricardo Palma: «Donde las dan las toman, seor feolenco.»

Como es de su maestro, la frase le sabrá a gloria. Y como la ha recibido en su servicio, tendrá un nuevo mérito que agregar a su cuenta para el día en que Rufino Blanco-Fombona se decida a suceder en su Olimpo agrario y petrolero al benemérito general don Juan Vicente Gómez.—ROBERTO MEZA FUENTES.

LA MUSICA EN FRANCIA

París, Diciembre de 1930.

ESTE año, en el momento en que se abría la estación musical, una importante revista comenzó la publicación de una vasta encuesta bajo este título: «La gran piedad de la música sinfónica en Francia.» Los artículos del *Courrier Musical* —es el nombre de esta revista—no revelaban sin duda nada que no se supiera ya. Pero tenían por objeto llamar la atención de todos los que se interesan por el arte sonoro sobre un conjunto de hechos de que la música sufre, incuestionablemente, y de los cuales es preciso que no siga sufriendo.

Todos los extranjeros que han pasado algún tiempo en París del otoño a la primavera—pues en el verano esta actividad cesa—han notado la enorme cantidad de conciertos que se dan allí cada tarde. En invierno y después hasta plena estación primaveral, no hay trecho de muro o de empalizada que no esté cubierto de letreros multicolores, que anuncian las sesiones de música de cámara, los recitales de los virtuosos. A esto se juntan naturalmente los conciertos regularmente dados cada sábado y cada Domingo, a veces también cada Jueves, por las grandes asociaciones sinfónicas. París contaba tres antes de la guerra, que eran la Sociedad de Conciertos del Conservatorio, fundada en 1828 y por consiguiente, más que centenaria (M. Philippe Gaubert es su jefe reputado); la Asociación de Conciertos Colonne, fundada en 1873 y dirigida, después de la muerte de Colonne, por M. Gabriel Pierné, y en fin la Asociación de Conciertos Lamoureux, dos años más joven y que dirigieron sucesivamente Chevillard, yerno y sucesor, de Lamoureux, M. Paul Paray y M. Albert Wolff. Durante la guerra, Colonne y Lamoureux se fusionaron para separarse de nuevo en cuanto se volvió a una vida normal. Pero se había formado una cuarta sociedad, que tomaba un nombre querido para todos los amigos de la música. Pasdeloup, en efecto, había arrendado en 1861 el Circo de Invierno, en